

Al considerar una obcecacion tan inaudita, quisiéramos poder explicarla recurriendo á la irresistible fuerza de los destinos ó al maléfico influjo de menguada estrella; pero cuanto mas reflexionamos en ello, tanto mas persuadidos estamos de que la verdadera, la única causa que hubo para obrar de un modo tan ciego consistió en los temores y remordimientos de tantas conciencias culpadas. Los consejeros de Fernando sabian bien el riesgo que corría su gefe en pasar la frontera; pero temian correrlo mayor adoptando el extremo contrario de volver el pie atrás desagradando á Bonaparte. Si este se irritaba con ellos y seguía adelante en su tema de examinar la legitimidad de los títulos en que se apoyaba la elevacion del nuevo rey, era muy facil que el guerrero del Sena se declarase en su contra y considerase á los conspiradores como reos de estado, *mandando prenderlos á todos, y aun al rey mismo, para entregarlos á su padre* (1). En este supuesto, lo mas interesante para ellos era procurar á todo trance una entrevista entre Napoleon y Fernando, para ver si llevando la humillacion hasta el último punto, conseguian comprar el reconocimiento. Si sucedia así, aun cuando fuese á costa de la desmembracion del territorio español y de la servidumbre del pais, habian conseguido evitar que decidido Napoleon por la causa del monarca destronado, se pudiese en tela de juicio la conducta del bando conspirador. Si por el contrario quedaba Fernando oprimido en el territorio frances y el emperador pronunciaba la sentencia de su destitucion, esperaban tener el consuelo de que aun en el caso de volver al trono el monarca abdicante, salvarian su cabeza del rigor de las leyes al abrigo del grande hombre en cuyas manos se ponian. Y si por último sucedía lo mas verosímil, que era declararse Napoleon ocupante de un trono tan controvertido, cabiales al menos la satisfaccion de que ya que no mandasen ellos, tampoco reinaria Carlos IV, verificándose de este modo en sentido opuesto el mismo deseo que el rey destronado y María Luisa abrigaban: con tal que no reinase Fernando ni ocupasen el poder sus amigos, nada les importaba que Napoleon ó cualquiera otro los sustituyera en el mando. Tal era la lógica que guiaba á los gefes de las dos banderas enemigas, ambas en contradiccion con la dignidad y la independencia del pais, cuyos destinos ¡vergonzoso es tener que decirlo! para nada se tuvieron presentes. Semejante conducta se concibe muy bien en Carlos IV; pero no tanto en Fernando VII. Destituído aquel, y María Luisa sobre todo, del apoyo de la opinion nacional, y viéndose privados del poder y del mando, nada tiene de extraño, por muy degradante que sea, que se echasen decididamente en los brazos de Napoleon, haciéndole árbitro de su suerte. Pero obrar de ese modo su hijo, contando como contaba con la unánime decision de los pueblos, tanto mas entusiasmados por él cuanto menos le conocian, eso es lo que admira y sorprende, y lo que llegaría á ser inexplicable, á no darnos sus culpas y las de sus parciales la única clave capaz de descifrar el enigma (2).

movimiento suyo, me han decidido á pasar inmediatamente á Bayona. Pienso, pues, salir mañana por la mañana para Irun, y pasar despues de mañana á la casa de campo de Marrac en que se halla V. M. I. y R.—Soy con los sentimientos de la mas elevada estimacion, etc.—*Fernando.*»

No contentos los consejeros del monarca con esta comunicacion, le hicieron escribir desde Irun el dia 19 otra carta que decia así: «Señor mi hermano: En consecuencia de lo que tuve el honor de escribir ayer á V. M. I. y R., acabo de llegar á Irun, de donde pienso salir á las ocho de la mañana inmediata para conseguir la satisfaccion de conocer personalmente á V. M. I. y R. en la casa de Marrac con su permiso, como lo deseaba mucho tiempo hace.—Soy con los sentimientos de la mas alta estimacion y consideracion, etc.—*Fernando.*»

Muy resbaladiza debe de ser la senda de la humillacion, cuando así precipitaba Fernando los pasos que daba por ella.

(1) Palabras de Escoiquiz en su último diálogo con el duque de Mahon, según este.

(2) Escoiquiz habia recibido en Vitoria varias cartas de la comitiva de don Carlos, en las cuales se le hablaba del alarmante aspecto que ofrecian las cosas; y es tan incapaz el canónigo, que confesándolo así en su *Idea sencilla*, insiste sin embargo en que si verificó Fernando su marcha, fue por las *seguridades* que todos tenian de Napoleon. En una de esas cartas decíale don Pedro Macanaz que la deseada entrevista con Bonaparte convenia verificarla dentro de nuestro territorio; y en otra comunicacion invitaba al canónigo á pasar la frontera en union con el Duque del Infantado, para ver de arreglar aquel asunto, sin esponer la seguridad del rey. Ambos sin embargo prefirieron comprometer á este, á com-

Cuando Fernando llegó á Irun el mismo dia que habia salido de Vitoria, ofreciósele de nuevo ocasion propicia de evitar el peligro á que su viaje le esponia. El general Savary que tanto empeño ponía en vigilarle, se habia visto en precision de quedarse atrás á consecuencia de habersele descompuesto el carruaje. Si el jóven monarca hubiera querido poner en ejecucion el recurso de la fuga á que el duque de Mahon le habia invitado, nunca con mas oportunidad habria podido hacerlo, hallándose libre de aquel centinela de vista, y pudiendo aprovechar las sombras de la noche, no menos que la circunstancia de tener á su disposicion un batallon del regimiento de Africa decidido á todo. Cuando Savary llegó á Irun, traía pintadas en el rostro la incertidumbre y la zozobra; pero su angustia cesó completamente viendo decidido al rey á proseguir adelante, como así lo verificó el dia 20, entrando con su comitiva en Bayona á las diez de la mañana. Era natural que al pasar la frontera saliese alguna comision á hacer á Fernando los honores del recibimiento á nombre del emperador, y sin embargo no fue así: tal era el desprecio con que Napoleon le trataba. Los únicos que se adelantaron á recibirle hasta las cercanías de San Juan de Africa, fueron los duques de Medinaceli y de Frias, y el conde de Fernan-Nuñez, los cuales habian sido, como hemos dicho, los primeros en pasar á Francia para felicitar al emperador. Asombrado Fernando al verlos solos, preguntóles qué noticias tenían acerca de las intenciones de Bonaparte. La respuesta fue desconsoladora: Napoleon habia anunciado el dia anterior por la mañana que los Borbones de España habian cesado de reinar, y así lo habian oido de su propia boca los duques y el conde. Conoció el rey entonces, lo mismo que sus consejeros, el desvario y necesidad insigne de que habian dejado arrastrarse al pasar la frontera; pero no era ya tiempo de volver el pie atrás. Tristes los fernandistas con la mala nueva que acababan de recibir, y mohinos sobre toda ponderacion mirándola hasta cierto punto confirmada con el ningun obsequio que se les hacia, volvieron á alentar algun tanto cuando al llegar á las puertas de Bayona vieron que el príncipe de Neufchatel y el mariscal Duroc salían á cumplimentarlos. Tardía señal de deferencia, y escasa y mezquina en verdad! Bastó sin embargo aquella fantasmagoria de obsequio para que Fernando y los suyos sintiesen reanimadas sus medio difuntas esperanzas, con la sola escepcion de Escoiquiz, que no tenia necesidad de recobrarlas por la sencilla razon de no haberlas perdido un solo instante.

Cuando dijeron á Napoleon que Fernando acababa de llegar á Bayona, fue tal la sorpresa que le causó la noticia, que no se atrevia apenas á darle crédito. ¿Cómo esperar del rey una resolucion tan descabellada, despues de tantas pruebas de desden y menosprecio como habia recibido, y despues sobre todo de la carta del 16? Altamente satisfecho de la habilidad con que Savary ponía en sus manos tan importante presa, pasó Napoleon á visitar á Fernando una hora despues de su arribo, lo que sabido por el jóven monarca, bajó á recibirle á la puerta de su alojamiento, y allí se abrazó con el gefe de la Francia, quien le correspondió por su parte con se-

prometerse ellos solos. «No era el rey (dice el príncipe de la Paz), no era la patria la causa que servían aquellos hombres, sino la suya propia; y por leccion eterna á los que fian en conjurados é imaginan ser servidos generosamente sin ser sacrificados al interés de la conjura, los seductores de Fernando le tomaron como prenda de resguardo de ellos mismos, y le llevaron á partir la comun suerte calculando que á su sombra saldrían mejor librados.»



ñales al parecer de emoción la mas sincera. El canónigo Escóiquiz no se hartaba de dar gracias al cielo al presenciar aquella escena. Napoleon y Fernando estuvieron juntos corto rato, jirando la conversacion sobre cosas indiferentes al punto capital que motivaba el viaje del recién venido. Por la tarde fue este convidado á comer con su comitiva en el palacio de Marrac que servia de morada á Napoleon. Esta nueva señal de deferencia parecióles á los fernandistas de muy buen agüero, y mas cuando vieron á Napoleon salir á recibir á Fernando hasta el estribo del coche, muestra mas que probable, segun ellos, de que solo considerando á su amo como rey de España y de las Indias, podía el emperador dispensarle un agasajo y una consideracion tan marcada. Savary habia anunciado que Napoleon probablemente daria á Fernando en un principio el mero titulo de *alteza*, y esto por solo sostener su empeño de no reconocerle como rey hasta informarse de todo lo que habia pasado. Asi sucedió en efecto, evitando el gefe de la Francia de un modo el mas estudiado hablar á su huésped en términos de los cuales pudiera inferir ni aun implicitamente el anelado reconocimiento. Su reserva fue tal en este punto, que ni aun el titulo de *alteza* le dió, usando cuidadosamente, al dirigirle la palabra, del tratamiento impersonal, ó bien del simple *vos*, como espresion mas familiar ó menos comprometida. Las palabras de Napoleon fueron indiferentes como las de la primera entrevista, si bien llenas de cortesania y amabilidad, quedando altamente satisfechos

Fernando y su comitiva de las prendas del emperador, y volviendo de nuevo á entregarse á la mas halagüena confianza.

La venda de la ilusion tardó bien poco en caer. A los pocos momentos de haber vuelto Fernando á su morada, entró en ella el general Savary, el mismo que cuatro dias antes respondia con su cabeza al joven monarca de que hacer este su viaje á Bayona y reconocerle el emperador por rey de España seria todo uno. Trocado ahora el papel y pintado el cinismo en su semblante anuncia á Fernando haber resuelto el emperador derribar del trono la familia real española, sustituyendo su dinastía á la de los Borbones, y exigiendo en consecuencia de Fernando, en su nombre y en el de toda su familia, la renuncia al trono de España y de las Indias. Absorto el rey con aquella propuesta, y mas atónito al considerar la persona por cuyo conducto se le hacia, no podia apenas dar crédito á lo mismo que estaba viendo y palpando. ¿Qué no hubiera dado entonces por haber seguido los consejos que en Vitoria y en Irun no le habian dejado escuchar...? Pero dejemos reflexiones inútiles, y veamos lo que pasaba en España durante la desconsolada orfandad en que el viaje del mal aconsejado príncipe la habia dejado.



CAPITULO II.

Debil conducta de la junta nombrada por Fernando.—Siguen los tratos entre Murat y los reyes padres.—Traslacion de estos al Escorial.—Exijencias del gran duque de Berg para la entrega de Godoy.—Escena en el cuarto de la reina de Etruria.—Anúnciase á la junta la resolucion de no reconocer el emperador otro rey que Carlos IV.—Firmeza del ministro de Marina.—Flojedad y condescendencia de la junta.—Entrega de Godoy á las tropas francesas y su traslacion á Francia.—Carta de Carlos IV á su amigo, y reflexiones á que da lugar.—Entrevista del principe de la Paz con Napoleon al arribo de aquel á Bayona.—Ratificase Carlos IV en su protesta antes de salir de España.—Sorpresa de la junta.—Sus gestiones con Murat con motivo de aquel incidente.—Carta de Carlos IV al infante D. Antonio.—Contradiccion notable entre la carta y la protesta.—Salida de los reyes padres para Francia, y ostentoso recibimiento que se les hace en Bayona.—Exasperacion de los españoles.—Incidente en la imprenta de Alvarez.—Desasosiego general en Madrid.—Alarma en las provincias.—Redoblan los franceses sus precauciones, particularmente en la capital del reino.—Alboroto en Toledo y en Burgos.—Progresivo aumento de la insolencia de Murat.—Comisionados de la junta cerca de Fernando VII.—Nombramiento provisional de otra nueva junta.—Llegada de Ibanavarro á Madrid.—Carácter ambiguo y contradictorio de su mision.—Conducta nada honrosa de Ceballos.—Nadie puede dar la salud al país, si el país no se salva á sí mismo.



Desde que el principe Murat habia tratado al gobierno español en los primeros dias de su arribo á la capital, convirtiéndose despues de la salida de Fernando en la mas intolerable insolencia, pudiendo considerarse á la España gobernada por dos autoridades rivales é incompatibles desde el funesto 10 de abril. La junta nombrada por el jóven monarca para gobernar el reino en su ausencia, se hallaba en una posicion verdaderamente critica, contribuyendo á hacer mayor su compromiso la incapacidad de su presidente, y la falta de firmeza en el carácter de la mayoria de sus vocales. Combatida por las bruscas exigencias del gran duque de Berg y por el deseo al mismo tiempo de no desagradar al país, no supo llenar los votos de este, ni contentar los deseos de aquel. En circunstancias tan calamitosas como las de aquellos dias no habia término medio entre obedecer ciegamente las órdenes del orgulloso conquistador, ó conservar ileso el depósito de la autoridad suprema concentrada en la junta. Esta merece disculpa por su debilidad en los primeros dias de su espinosa y difícil mision: la esperanza no se habia desvanecido del todo, y habria sido un gran mal precipitar acontecimientos de dudosas consecuencias ulteriores, cuando la prudencia aconsejaba contemporalizar con los enemigos, poniéndose en guardia á medida que la trama se iba aclarando, hasta que llegase el momento de echar decididamente el guante cuando no quedase ya la menor duda de que la entrada de los franceses en España era cuestion de vida ó muerte para la independencia del país. Esa contemporalizacion entretanto no debia llegar hasta el punto de equivocarse con el miedo, al menos de un modo ostensible. Resistir para luego ceder, es cien veces peor que otorgar desde luego, porque si esto puede interpretarse como efecto de pura deferencia, aquello revela

á las claras la impotencia de obrar de otro modo. La junta nombrada por el jóven monarca no debió oponerse á las exigencias del generalísimo frances, sino parapetándose en la firme resolucion de seguir en la negativa, pudiendo estar segura de que el único medio de inspirar respeto á Murat, consistia en mostrarse inflexible en la determinacion una vez adoptada. Si el gran duque de Berg se escedió en sus demandas, culpa fue, á nuestro modo de ver, de las primeras regateadas concesiones. Nadie es tan insolente como el pedigüeno, cuando la debilidad agena le hace conocer el valor de ser importuno. Si la junta se sentia incapaz de valor necesario para conservar el decoro de la autoridad que se le habia confiado, el deber le mandaba abstenerse de aceptar un cargo que no habia de hacer respetar. Por arrebatado que fuese el carácter del gran duque, se hubiera estrellado tal vez á ser otra la actitud de la junta. ¿Pero cómo esperar ese temple de alma en los que durante la ausencia del rey habian quedado al frente de los destinos del pais, cuando así se arrastraba su gefe á los pies del emperador, y así mendigaba su apoyo? El desempeño de los grandes deberes que la salud de la patria exigia, inútil era esperarlos ya de elevadas regiones. Hundido el poder en la humillacion por mil causas diversas, no habia gobierno posible en aquella situacion angustiosa. El pueblo, solamente el pueblo, podia bastarse á sí mismo.

La correspondencia de los reyes padres con el generalísimo frances estaba á punto de ser coronada con el éxito mas feliz aun antes de dejar Fernando la corte, puesto que el 9 de abril habian pasado ya los reyes padres al real sitio del Escorial por intimacion del gran duque, proponiéndose este con aquella traslacion tenerlos mas cerca de Francia, por lo que pudiera convenir á las miras de su amo y cuñado. Mientras Carlos y Maria Luisa permanecieron en Aranjuez, habian tenido para su guardia alguna tropa de la casa real; pero á pretexto de protegerlos contra la violencia del nuevo gobierno, habia enviado Murat una parte tambien de sus tropas á las órdenes del general Watier. Cuando su traslacion al Escorial, fueron SS. MM. acompañados allá por las tropas francesas, las cuales les dieron la guardia en union con los carabineros reales. Los pueblos del tránsito aclamaron mas que antes, al decir de Maria Luisa, á los ilustres viajeros, y ese *mas que antes* indica bien claramente la tibieza de la aclamacion.

Las cartas de la reina habian tenido por principal objeto la libertad de Godoy, no habiendo una sola en que no tocase esa especie con el mayor encarecimiento, llegando al extremo de decir que si no se salvaba el principe de la Paz, y si no se le concedia su compañía, moririan el rey su marido y ella. No bien hubo Fernando salido de Madrid, cuando Murat pidió con empeño á la junta la entrega del preso, fundando su peticion en haberselo prometido Fernando el dia anterior á su partida en el cuarto de la reina Etruria. Promesa como esta era natural que, á haber sido hecha, la hubiese comunicado Fernando á la junta, ó la hubiera al menos dejado por escrito á Murat. No habiendo sucedido ni lo uno ni lo otro, hay sospechas fundadas para creer que no hubo semejante promesa, tanto mas cuanto la entrevista de Fernando con el generalísimo en el cuarto en cuestion, se redujo á manifestarse uno y otro la displicencia mas chocante, representando ambos una escena muda que por lo curioso del hecho ha merecido quedar consignada en las páginas de la historia. Estaba Murat en el cuarto de la reina de Etruria, cuando anunciaron á Fernando, quien no dejó de estrañar ver al generalísimo haciendo la corte á su hermana, no habiendo él conseguido merecerle igual deferencia. Señal era esta bien clara de los tratos secretos que habia en su contra, y del ningun apoyo que el nuevo gobierno podia prometerse del emperador. Firme Murat en su propósito de no mostrar á Fernando la menor galanteria de la cual pudiera inferirse que le tenia en algo, permaneció quieto en su sitio sin adelantar un solo paso para recibir al jóven monarca, guardando este una actitud igualmente desdeñosa y sin saludar al gran duque, permaneciendo los dos en pie por espacio de algunos minutos cual si fueran estatuas. La ex-reina de Etruria, no sabiendo qué hacerse, se puso á tocar el piano; pero como ni Murat ni Fernando habian venido á oír música, tomaron la determinacion de marcharse, saliendo cada cual del salon con el mismo silencio que



ESCENA EN EL CUARTO DE LA REINA DE ETRURIA.

antes. Escena como esta debiera haber significado alguna cosa á los ojos del rey pretendiente, y sin embargo partió para Burgos al otro día, embelesado con las promesas de Savary.

Rehusando la junta entregar el preso á Murat, amenazóla este con hacer uso de la fuerza si persistía en resistirse (1), visto lo cual por esta, consultó al rey Fernando lo que debía hacer en tal apuro, disponiendo el día 13 y mientras venía la contestación, que el consejo suspendiese el proceso intentado contra el príncipe de la Paz hasta nueva orden del rey. Ceballos desde Vitoria respondió en nombre de este haberse escrito al emperador prometiéndole la vida del valido si llegaba á ser condenado á pena capital. Contestación era esta de la cual no podía inferirse que el rey ordenase la entrega del preso. Murat sin embargo insistió el día 20, mandando al

(1) El empeño de Murat en liberrar á Godoy era hijo no solo de las órdenes de Napoleon sino de la amistad tambien que entre él y el valido reinaba. Las relaciones del príncipe de la Paz con el gran duque de Berg databan desde los días en que los infantes D. Luis y doña Maria Luisa fueron proclamados reyes de Etruria. Murat fue quien dirigió en la Toscana los obsequios y el recibo de aquellos príncipes, contribuyendo á aliviar despues en el nuevo reino las grandes cargas que el paso continuo de los ejércitos franceses ocasionaba en Italia. Carlos IV y Maria Luisa agradecieron á Murat sus buenos oficios, estrechando con él sus relaciones no menos que el valido y los recientes reyezuelos. Cuando la caída de los reyes padres á consecuencia de la sublevacion de Aranjuez, eligieron aquellos á la ex-reina de Etruria su hija á fin de ponerse en contacto con su antiguo conocido el gran duque. D. Manuel Godoy en su prision no cesaba de invocar el nombre de este, como la misma reina Maria Luisa ratifica en sus cartas, y Murat fue consecuente á su amistad con el encarcelado, poniendo en liberrarle el decidido empeño de que damos cuenta á nuestros lectores.

general Augusto Belliard dirigir á la junta un oficio, en el cual se decia que habiendo escrito el príncipe de Asturias al emperador haciéndole dueño de la suerte del príncipe de la Paz, mandaba el gran duque al comunicante enterar á la junta de las intenciones del emperador, quien reiteraba á su lugarteniente la orden de pedir la persona del privado. «Puede ser, continuaba el oficio, que esta determinacion de S. A. R. el príncipe de Asturias no haya llegado todavía á la junta. En este caso se deja conocer que S. A. R. habrá esperado la respuesta del emperador; pero la junta comprenderá que el responder al príncipe de Asturias seria decidir una cuestion muy diferente; y YA ES SABIDO QUE S. M. I. NO PUEDE RECONOCER SINO Á CÁRLOS IV.» Por conclusion y como para dar la última prueba de cinismo político, habia este párrafo: «El gobierno y la nacion española solo hallarán en esta resolucion de S. M. I. *nuevas pruebas del interes que toma por la España*; porque alejando al príncipe de la Paz, quiere quitar á la malevolencia los medios de creer posible que Carlos IV volviese el poder y su confianza al que debe haberla perdido para siempre; y por otra parte la junta de gobierno hace ciertamente justicia á la nobleza de los sentimientos de S. M. el emperador que no quiere abandonar á su fiel aliado.»

Desvergüenza en verdad se necesitaba para espresarse de este modo los mismos que diez dias antes habian engatusado á Fernando con la perspectiva del reconocimiento, incitándole á verificar su viaje para asi obtenerlo mejor. La declaracion terminante hecha á nombre de Murat de que el emperador no reconocia otro rey que Carlos IV, formaba un horrible contraste con las decepciones anteriores y con la alevosa insistencia de Savary en reiterar sus promesas al jóven monarca hasta que pasó la frontera (1).

La junta tuvo un acalorado debate sobre entregar ó no el preso, habiendo estado por la negativa constantemente el ministro de Marina D. Francisco Gil y Lemus. Los individuos de la mayoría no pensaron asi, y puestos en el duro trance de tener por contrario á Murat ó de escitar la indignacion del país, prefirieron lo último. Tal vez conocieron lo inútil de su resistencia, considerando dispuesto al general francés á arrebatar á Godoy por la fuerza si no se lo entregaban de grado (2); pero cuando asi hubiera sucedido, habria á lo menos la junta dejado á cubierto su honor resistiéndose hasta el último extremo. Como quiera que sea, la autoridad dobló la cerviz, mandando al marqués de Castelar, á cuyo cargo estaba la custodia del encarcelado, lo entregase á los franceses. Habia sido Castelar amigo del valido de Carlos IV durante los tiempos de su privanza, poniéndose despues de su caída á la devocion del nuevo gobierno. Al recibir la órden de la entrega, dudó

(1) Cuatro dias antes de remitir á la junta su oficio el general Belliard, esto es, el 16, habia declarado ya terminantemente Murat al ministro de la Guerra don Gonzalo Ofarril, segun veremos despues, que el emperador no reconocia en España otro rey sino á Carlos IV. Este anuncio alarmante podia haber alcanzado á Fernando con tiempo todavía para poder retraerle de pasar la frontera, puesto que no entró en Francia hasta el dia 20. ¿Cómo, pues, no llegó sin demora á su noticia aviso tan saludable? ¿Se descuidaría la junta en enviarlo, ó lo interceptaria mas bien la vigilancia francesa? Nosotros lo ignoramos de todo punto.

(2) El gran duque de Berg, segun Foy, amenazó pasar á cuchillo á los cien guardias de Corps y quinientos granaderos provinciales que guardaban al preso en el castillo de Villaviciosa, si la junta se resistia á entregarlo. Hablando Maria Luisa con Murat sobre los medios de poner en libertad al favorito, decia asi en una de sus cartas: «No seria posible tomar por precaucion algunas medidas antes de la resolucion definitiva? El gran duque pudiera enviar tropas sin decir á qué; llegar á la prision del príncipe de la Paz y separar la guardia que le custodia, sin darle tiempo de disparar una pistola ni hacer nada contra el príncipe; pues es de temer que su guardia lo hiciese, porque todos sus deseos son de que muera, y tendrán gloria en matarle. Asi la guardia seria mandada absolutamente por las órdenes del gran duque: y sino puede estar seguro el gran duque de que el príncipe de la Paz morirá si prosigue bajo el poder de los traidores indignos y á las órdenes de mi hijo. Por lo mismo volvemos á hacer al gran duque la misma súplica de que haga sacarle del poder de las manos sanguinarias, esto es, de los guardias de Corps, de mi hijo y de sus malos lados, porque sino debemos estar siempre temblando por su vida aunque el gran duque y el emperador la quieran salvar, mediante que no lo podrán conseguir. De gracia volvemos á pedir al gran duque que tome todas las medidas convenientes para el objeto, porque como se pierda tiempo ya no está segura la vida, pues es cosa cierta que seria mas fácil de conservar si el príncipe estuviese entre las manos de leones y de tigres carnívoros.»